

## FEIJOO Y LA NUEVA INTERPRETACION DE LA FISIONOMIA

Por Maurizio FABBRI

El interés que hoy en día suscita la fisionomía, que los escritos de Reich y Märker y las comprobaciones de la psicología experimental han llevado hasta las hojas de los periódicos, nos recuerda de cerca el éxito que obtuvieron en el siglo XVIII aquellos escritores que, inspirándose más o menos legítimamente en el *De humana physiognomonia*, volvían a exhumar las teorías de Juan Bautista Della Porta con el propósito, a veces confuso y contradictorio, de buscar u ofrecer una respuesta a las inquietudes metafísicas y al afán de conocimiento científico del siglo.

Evidentemente, no deja de seducir a los seres humanos la posibilidad de substraer al alma sus secretos a través de la interpretación de las facciones físicas.

Johann Kaspar Lavater alcanzó la mayor popularidad, en el siglo XVIII, y sus *Physiognomische Fragmente*, publicados entre 1775 y 1778 y traducidos a las lenguas más importantes, marcaron el punto de mayor prestigio, alcanzado por dicha ciencia durante todo el siglo, incluso en lo que se refiere a los aspectos artístico-literarios.

Ahora bien, Marcelino Menéndez Pelayo piensa que se le debe considerar al Padre Maestro como el precursor más inmediato de Lavater y que los *Discursos* III y IV del tomo quinto del *Teatro Crítico* —así como la adición del *Suplemento*— anuncian en cierta forma los *Fragmente*.

Contrariamente a lo que sostiene don Marcelino, Gregorio Marañón afirma que al P. Feijoo se le debe suponer, con razón, predecesor más que del teólogo y predicador suizo, de Darwin, por lo menos con relación a la

teoría de la expresión de las emociones.

Nuestro propósito de puntualizar la postura tomada por Feijoo respecto a la fisionomía clásica y de identificar las novedades que se pueden hallar en sus escritos, buscando los posibles antecedentes filosóficos y científicos, nos permite comprobar también lo que hay de exacto y admisible en los contrastantes juicios que hemos referido.

En Feijoo, el interés por la fisionomía se originaba dentro de un específico contexto, o sea dentro de una amplia actividad de investigación que el benedictino había empezado, ya desde su juventud, en torno a las ciencias médicas, biológicas, fisiológicas y que se extendió hasta incluir la inquietante problemática legada a las relaciones entre alma y cuerpo, y al dominio del espíritu sobre las manifestaciones físicas, o viceversa.

El punto de vista del P. Feijoo sobre la fisionomía halla su completa exposición, como hemos dicho, sobre todo en los *Discursos* tercero y cuarto, en los cuales el benedictino desarrolla el argumento con un proceso inductivo-experimental que deja amplio campo a las verificaciones y objeciones críticas. En su análisis, Feijoo procede por etapas, con el rigor metodológico del investigador experimentado. En primer lugar, considera los principios básicos de la fisionomía tradicional y el método analógico-deductivo sobre el cual ésta se rige fundamentalmente. Describe las modalidades y criterios interpretativos que caracterizan el vínculo de comparación establecido entre la figura humana y la animal; entre individuos de la misma especie; entre seres de diferente sexo, poniendo de relieve la gran importancia que los cultivadores de tal arte (Feijoo se niega rotundamente a definirla ciencia) atribuyen a las características temperamentales y a la influencia que la esfera de los sentimientos ejerce sobre el semblante y el comportamiento.

A la exposición de la materia sigue la crítica, detallada y puntual. Feijoo examina los cinco puntos señalados y comprueba su falsedad en el doble plano de la teoría y verificación concreta, sin preocuparse de desmentir las afirmaciones de autoridades consagradas, como Aristóteles, Paulo Jovio, San Ambrosio o San Agustín o San Carlos Borromeo.

Como segundo momento del razonamiento del Padre Maestro —y después de la crítica— viene la oferta dirigida al lector, dudoso aunque no ocioso, de tres tablas sinópticas con todas las comparaciones y clasificaciones pertenecientes a la fisionomía tradicional. Ya se conoce el espíritu imparcial y ecuánime que animaba al benedictino, por lo tanto, se le debe creer cuando afirma de haber obrado así «por un motivo de equidad» y por proteger la libertad de juicio del interlocutor, al cual podían resultar insuficientes y vagas las pruebas y las afirmaciones alegadas para demostrar las falsedades e inconsistencias de las teorías fisionómicas. Sin em-

bargo, hay que añadir que el ofrecimiento de estas tablas indica igualmente la voluntad de invitar al lector a la investigación crítica personal, a la comprobación y revisión razonadas, mostrándole en concreto, y con valerosa iniciativa, la necesidad de rechazar, en materia científica, cualquier tipo de verdad revelada, aunque manifestada en forma persuasiva y de gran atractivo.

La tabla primera, «en que se ponen los significantes del temperamento», en palabras del mismo Feijoo, queda subdividida en trece secciones que indican, para cada uno de los cuatro temperamentos, las características y los «significantes» de la conformación general del cuerpo y de importantes manifestaciones psico-físicas, como la variabilidad del pulso, las tonalidades de la voz, la intensidad del sueño y la calidad de los sueños. En la misma tabla se encuentran registradas las presumibles virtudes, los vicios y defectos más comunes, los diferentes grados de capacidad intelectual.

La tabla segunda, «donde se ponen lo que significan en particular el cuerpo, y cada parte suya», recoge con analítica minuciosidad, en las dos secciones en que quedan divididas sus páginas, las cualidades morales, intelectuales y físicas que se pueden relacionar con las diferentes estructuras del cuerpo y de sus partes: frente, ojos, labios, dientes, lengua, cuello, etc.

La tercera y última tabla, «en que se propone separada la colección de signos de cada significado particular», contiene el conjunto de los signos físicos que caracterizan cualidades y predisposiciones bien definidas. Una existencia que se supone breve queda revelada por la lengua espesa, los molares precoces y la debilidad general de la dentadura, las líneas de la mano confundidas, la prominencia de la parte inferior del ombligo; el «buen gusto», entendido en sentido sensorial, por supuesto, está representado por una superficie lingual esponjosa, mórbida, bien ensalivada; por último, queda claramente explicada la propensión a la lujuria, locuacidad, envidia, alegría, amor, buen genio, ira, y otras tantas actitudes.

En la oferta de las tablas sinópticas, que la habitual claridad expositiva de los argumentos feijonianos hace perfectamente comprensibles, se encuentran las cualidades que justamente pueden calificarse como las más importantes de su personalidad: la inquebrantable confianza en la razón y en la ciencia (juntamente a la negación de todo prejuicio dogmático y de toda verdad considerada *a priori*) y la generosa y optimista propensión al diálogo y a la confrontación. Feijoo, íntimamente convencido de todo esto, no quiere obrar sólo «para desengaño de errores comunes», como reza el subtítulo de su *Teatro*, ni se considera satisfecho de demostrar, con lógicas y razonables argumentaciones y concretos ejemplos, la bondad y exactitud de sus teorías: pide y pretende constantemente la verificación *in re* por medio de aquella decisiva demostración que consiste en el control experi-

mental para el cual, como hemos visto, ofrece los instrumentos, con el manifiesto propósito de dejar siempre la «facultad de apelar de mis razones a los experimentos».

La fuente de los conocimientos fisionómicos de Feijoo reside en el tratado de Honorato de Nicquet, jesuita francés al que el benedictino atribuye el mérito de haber escrito sobre fisionomía «con más juicio y exactitud que todos los que le precedieron». Los cuatro libros de la *Physiognomia humana*, editados en 1648, recuerdan ya desde el título la obra de Della Porta, en la cual se inspira el jesuita. El hecho de que Feijoo nombre una sola vez al estudioso napolitano —a propósito de la licitud de la comparación entre hombres y animales— y que siempre lo posponga al autor francés, hace creer que no lo conocía bastante y, por consiguiente, nos lleva a disentir de lo que dice Marañón cuando apunta que el benedictino «escribió sus ensayos a base del libro de Juan Bautista de la Porta».

A pesar de esta imprecisa referencia, la frase es parcialmente exacta ya que la obra de Nicquet claramente reflejaba la de Della Porta: la afinidad entre lo que afirma el escritor francés y lo que, más de medio siglo antes, sostenía el estudioso napolitano, se percibe siempre con facilidad, así como parecen evidentes las conexiones que, a través de los divulgativos ensayos de Esteban Pujasol, llegan hasta Lavater. Por ejemplo, tienen origen directamente en Della Porta las claras y precisas definiciones, sacadas de las clasificaciones aristotélicas, de los temperamentos fundamentales, que siguen siendo de cuatro tipos, es decir: sanguíneo, colérico, flemático y melancólico. Sin embargo, la iniciativa de reducir las teorías fisionómicas a tablas sinópticas y cuadros de comparación se le debe asignar exclusivamente a Feijoo. De hecho, ni la obra de Della Porta ni el tratado de Nicquet poseían semejantes aparatos. Hay que añadir que no faltan antecedentes, como revela el caso del tratado que publicó en Roma, en 1637, Francisco Stelluti, constituido por una serie de compendios esquemáticos sacados del *De humana physiognomonía*; se trataba de un verdadero *vademecum* fisionómico que por mucho tiempo gozó del favor de los lectores.

Pero es en el tercer momento, que corresponde enteramente al *Discurso* III, que se hace más interesante el estudio orgánico del tema fisionómico. Ahora Feijoo presenta, bajo el título de *Nuevo arte physiognómico*, las propuestas más renovadoras y estimulantes, que con razón podrían definirse «revolucionarias». Dichas propuestas no ofrecen arbitrajes compromisorios o restauraciones vanas: al contrario, niegan desde su raíz los postulados sobre los cuales se regían las tradicionales teorías fisionómicas, es decir la posibilidad, para la divinidad, de hacer uso de la variedad de las formas físicas humanas para poder alertar a los hombres, y la existencia en la naturaleza, de claves interpretativas y contracifras preconcebidas, capaces de descubrir las características del genio y del espíritu

humanos. Por encima de los escombros de la vieja fisionomía, Feijoo levanta las estructuras de un «nuevo arte» al cual atribuye el oficio de inquirir con rigurosidad científica los complejos mecanismos que rigen la interdependencia entre los impulsos del espíritu y el aspecto físico externo.

Nos encontramos delante de un cambio radical: el principio, afirmado por la autoridad de Hipócrates, Aristóteles, Galeno, Avicena, y cuantos en ellos se inspiraron, según el cual la «conformación externa de los miembros del cuerpo, era índice de las disposiciones del alma», queda derribado completamente por Feijoo que, en relación con los datos que ofrecen la experiencia y la observación, puede afirmar con razón que «apenas hay en el alma algún afecto, a quien no corresponda en el cuerpo algún efecto».

La teoría desplaza el discurso fisionómico del ámbito de las creencias mágico-supersticiosas al campo más concreto y científico de la interacción entre sicología y morfología, entre condiciones emocionales y secreciones glandulares, señalando el camino que más tarde recorrerán la sicología, la fisiología, la endocrinología. El razonamiento del Padre Maestrotro admite la existencia de una conexión entre las emociones y la perturbación o relajación del cuerpo o de sus miembros, de manera que un rostro amable o tranquilo, una mirada serena y ademanes comedidos pueden atestiguar una evidente paz interior y un buen estado de salud, mientras que, al contrario, una cara contrariada, una mirada ceñuda y un aspecto colérico revelan condiciones tan notablemente diferentes. Lo que él no admite en absoluto es la posibilidad de una directa y permanente relación entre la belleza o fealdad exteriores, las armonías o discordancias físicas y las cualidades del alma, como si una nariz retorcida o recta, orejas gruesas o pequeñas, ojos azules o negros, miembros largos o breves, gordos o flacos, andar cojeando o ser corcovado, pudieran revelar *naturalmente* las virtudes, prendas, vicios, perversiones o tendencias de los individuos.

Como resultado práctico inmediato, las argumentaciones de Feijoo demostraban la falta de fundamentos y la incredibilidad de la sentencia, antigua y hasta entonces acatada, «*cavendos quos natura notavit*» que, apoyándose en célebres y fidedignas garantías, desde tiempo había ganado las conciencias y los intelectos, amoldando con frecuencia la práctica inquisitorial y judicial, cuando no las mismas leyes. Todo el mundo conoce la distinción sistemática, llevada a cabo durante siglos en la sociedad occidental, para con los físicamente infelices cuyos aspectos físicos *providencialmente* irregulares y contrahechos alertaban contra las supuestas maldades que podrían engendrar sus almas. Feijoo pugna contra semejante creencia —que considera impía e injusta— y defiende con generosa perspicacia las víctimas de tan infames prejuicios y calumniosas mentiras. El afirma la tesis, en verdad ya admitida aunque tímidamente, del predo-

minante influjo ejercido por el ambiente sobre la formación del carácter y de la personalidad. Las causas del posible comportamiento irregular de algunos de aquellos desgraciados debían buscarse —y hallaban su explicación— en la atmósfera de sospecha y menosprecio que advertían en torno a su persona. Según un proceso detalladamente individuado por Feijoo, las imperfecciones físicas que les afligían provocaban desconfianza y desprecio. En aquellos infelices, la natural y legítima reacción a tanta «inhumanidad y barbarie», dice Feijoo, degeneraba de vez en cuando en malvados deseos de venganza, dando nuevo aliento a prejuicios y hostilidades.

Las observaciones y las propuestas avanzadas en el *Nuevo arte physiognómico* atestiguan una vez más la variedad y multiplicidad de las lecturas de Feijoo y la influencia ejercida por el pensamiento europeo, como Delpy ha demostrado de manera tan exhaustiva.

La amplia trama de la teoría de Feijoo deja entrever fácilmente, al lado de una excepcional capacidad intuitiva, la constante presencia de las teorías filosóficas y científicas más avanzadas, y del mismo modo no oculta los variados enlaces que unían al investigador de Oviedo con el pensamiento de Bacon, Descartes y Locke. Sin embargo, nos parece que no ha sido aclarado en su justo valor y término, la afinidad entre la posición tomada por el benedictino —así como se manifiesta en los ensayos sobre la fisionomía— y algunos momentos del pensamiento de Leibniz, al que Feijoo pudo llegar a conocer a través de los debates que se desenvolvían en las hojas del «Journal des Savants» que leía asiduamente. Las afirmaciones que se encuentran en los párrafos III, IV y V, como la negación, incluso en campo físico, de la existencia de principios innatos e inmutables; la reconocida separación entre la esfera del espíritu y la del cuerpo, con permanente preponderancia del alma; el concepto unificante del dolor; la intuición de la categoría del temperamento y de los diferentes grados de «sentir» del alma, demuestran patentemente, a nuestro parecer, la afinidad con las posiciones de Leibniz: en particular, con las teorías expresadas en el *Nuevo sistema de la naturaleza* y en el *Discurso de metafísica*. Con la diferencia que el prevaleciente interés de Feijoo por los aspectos más concretos e inmediatos de la realidad, desplaza las posibles derivaciones leibnicianas desde su propio plan teórico-especulativo al de la experimentación e investigación empíricas.

El tajante rechazo de los cánones de la fisionomía tradicional y la adhesión a los modelos filosóficos empírico-rationales, colocan al Padre Maestro en una posición que, en verdad, no es posible acercar a la de Lavater, lo que lógicamente no significa que el mismo Lavater no conociera las obras de Feijoo. En el pensamiento y en la obra de Lavater prevalecen en efecto las componentes místico-sentimentales de derivación pietista, las fantasías trascendentales que le conducen a buscar en el semblante humano la confirmación de sus convencimientos teológicos, con el fin

esencial de reconstruir la cara mística del hombre que para él consistía en el rostro de Cristo humanizado.

El teólogo suizo no recorría ciertamente el camino trazado por el benedictino de Oviedo y quedaba más próximo a la emotividad entusiasta y soñadora de los *Schwärmer* que a los espíritus del Sturm und Drang. En la base del pensamiento de Feijoo aparece con fuerza la exigencia de una renovación teórica y metodológica, exigencia que alimenta su incesante lucha contra la superstición y el dogmatismo; su crítica niega tanto las fantasías irracionales como las estrecheces del sistema tomista-aristotélico, y si quisiéramos alegar alguna afinidad, esta podría encontrarse en las teorías de aquel penetrante sicólogo y celebrado matemático que fue Georg Christoph Lichtenberg, uno de los espíritus más libres de la Ilustración alemana. Sus finas y sagaces polémicas contra las invenciones fisionómicas de su coetáneo Lavater, expresadas en los capítulos de *Über Physiognomik wider die Physiognomen*, publicado en 1778, satirizan las estructuras místicamente irracionales de los *Fragmente* y no reconocen valor científico a las categorías elaboradas por Lavater.

Peró las comparaciones y semejanzas resultan casi siempre arbitrarias, cuando no falaces. La posición tomada por Feijoo en los *Discursos* sobre la fisionomía no se relaciona con las teorías de Della Porta, no preludia las suposiciones de Lavater y Lichtenberg, ni tampoco las de Darwin, del cual le separan irremediamente una honda exigencia religiosa y por otra parte, un muy desarrollado progreso científico que ni siquiera la tan celebrada intuición de Feijoo hubiera podido imaginar.

No parece lícito, como suele hacer aquel tipo de historiografía acostumbra a esquematizar y periodizar, considerarle como epígono o anticipador, o bien como precursor de la Ilustración o antecesor del Romanticismo. Más bien, parece lícito afirmar que Feijoo representa con la máxima evidencia en su eclecticismo generoso y sus intentos continuados por reconciliar racionalismo y empirismo—aquel «espíritu crítico» que conmovía a toda Europa y que él contribuye a introducir en su patria, a pesar de las inevitables incertidumbres e incongruencias. Feijoo, en la península Ibérica, el genial receptor y elaborador de las corrientes más renovadoras del pensamiento filosófico europeo, que se habían desarrollado entre el siglo XVII y la primera mitad del XVIII, y la suya fue una verdadera batalla de demolición, llevada a cabo sin tonos exagerados y con la manifiesta voluntad de no apartarse del «justo medio», como observa Rodríguez Aranda, entre las exigencias de la fe y la evolución científica.

Su fuerte polémica permitió a la cultura española recobrar su propio pasado, una vez depurado de los elementos inútiles y falsos que lo contaminaban, y de reducir el retraso respecto a las más maduras experiencias filosóficas y científicas europeas.

A la luz de estas consideraciones, las propuestas fisionómicas contenidas en el *Nuevo arte* salen del estrecho límite de la disertación polémica y atestiguan cabalmente la amplitud e importancia del magisterio feijoniano y su indiscutible significado de renovación teórica y metodológica.

#### NOTAS BIBLIOGRAFICAS

- DELLA PORTA, G. B. *De humana physiognomia libri IV*, Vici Aequensi, 1586.  
 DELPY, G. *Feijoo et l'esprit européen*, Paris, 1937.  
 FEIJOO, B. J. *Teatro crítico universal*, Madrid, 1775, t. v.  
 FEIJOO, B. J. *Suplemento de el Teatro crítico*, Madrid, 1753, t. IX.  
 JANENTZKY, C. *Lavaters Sturm und Drang im Zusammenhang seines religiösen Bewusstseins*, 1916.  
 LAVATER, J. K. *Physiognomische Fragmente zur Beförderung der Menschenkenntnis und Menschenliebe*, Leipzig, 1772; edición completa, Wien, 1829.  
 LEIBNIZ, G. W. *Nuevo sistema de la naturaleza*, Madrid, 1929.  
 LEIBNIZ, G. W. *Discurso de metafísica*, Madrid, 1942.  
 LICHTENBERG, G. CHR. *Über Physiognomik wider die Physiognomen*, in *Ausgewählte Schriften*, Leipzig, 1879.  
 MARKER, F. J. K. *Lavaters' Physiognomische Fragmente*, ausgewählt und kommentiert von..., Zurich, 1948.  
 MARKER, F. *Die Kunst aus dem Gesicht zu lesen*, Zurich, 1971.  
 MARANON, G. *Las ideas biológicas del Padre Feijoo*, in *Obras completas*, Madrid, 1970 t. v.  
 MENENDEZ PELAYO, M. *La ciencia española*, Madrid, 1876, t. I.  
 NICQUET, H. de. *Physiognomia humana libris IV distincta*, Lugduni, 1648.  
 PUJASOL, E. *El sol solo y para todos sol de la filosofía sagaz y anatomía de ingenios*, Barcelona, 1637.  
 REICH, W. *Analisi del carattere*, Milano, 1972.  
 RODRÍGUEZ ARANDA, L. *El desarrollo de la razón en la cultura española*, Madrid, 1962.  
 STELLUTI, F. *Libri IV della Fisiognomia di tutto il corpo humano*, di G. B. Della Porta, hora brevemente in tavole sinottiche ridotta ed ordinata, Roma, 1637.